

CUARTA SECCIÓN
CAMBIOS DE RÉGIMEN EN AMÉRICA LATINA

BRASIL: CLASES SOCIALES, NEODESARROLLISMO Y POLÍTICA EXTERIOR EN LOS GOBIERNOS LULA Y DILMA

ARMANDO BOITO JR.*
TATIANA BERRINGER**

INTRODUCCIÓN

La victoria de la candidatura de Lula da Silva en la elección presidencial de 2002 representó modificaciones importantes en la política brasileña, modificaciones que se consolidaron con el transcurso de los dos gobiernos de Lula da Silva (2003-2010) y del gobierno de Dilma Roussef. Ocurrió, en primer lugar, un cambio al interior del bloque en el poder. La gran burguesía interna brasileña, fracción de la clase capitalista que mantiene una base propia de acumulación de capital y disputa posiciones con el capital financiero internacional, ascendió políticamente en perjuicio de los intereses de ese capital internacional y de sus aliados internos. En segundo lugar, ese cambio estuvo y está vinculado a un cambio más amplio en la política nacional. Esto porque el ascenso de la gran burguesía interna sólo fue posible gracias a la constitución de un frente político que reúne además de esa fracción burguesa, los principales sectores de las clases populares. El gran capital financiero internacional y sus aliados internos, cuyos intereses habían guiado la acción del Estado brasileño en los gobiernos Collor de Mello (1990-1992), Itamar Franco (1993-1994) y Fernando Henrique Cardoso (1995-2002), fueron desplazados de la situación de hegemonía incontestable que usufructuaron en la década de 1990, y pasaron para el terreno de la oposición al gobierno. Estos cambios políticos repercutieron en la política económica, en la política social y en la política exterior del Estado brasileño.

* Profesor de la Universidad Estatal de Campinas (Unicamp).

** Doctora en Ciencias Políticas de la Universidad Estatal de Campinas.

BLOQUE EN EL PODER Y EL FRENTE POLÍTICO NEODESARROLLISTA

Este frente político, que podríamos denominar frente “neodesarrollista” es, como ya se puede percibir por lo que fue dicho anteriormente, un frente amplio, heterogéneo y lleno de contradicciones. Está representado en el plano partidista, principalmente, por el Partido de los Trabajadores (PT). Tal frente reúne a la gran burguesía interna brasileña que es su fuerza dirigente, la baja clase media, el proletariado urbano y el campesinado. El frente incorpora también aquel amplio y heterogéneo sector social que comprende desempleados, subempleados, trabajadores por cuenta propia, campesinos en situación de penuria y otros sectores que componen aquello que la sociología crítica latinoamericana del siglo pasado denominó “masa marginal” (Kowarick, 1975; NUN, 2001). El frente neodesarrollista enfrentó el campo político conservador, de orientación neoliberal ortodoxa, que está representado en el plano partidista, principalmente por el Partido de la Social Democracia Brasileña (PSDB); a pesar del nombre, ese partido no tiene ninguna relación con la socialdemocracia de tipo europeo. El campo neoliberal ortodoxo reúne, *grosso modo*, el gran capital financiero internacional, la fracción de la burguesía brasileña plenamente integrada a ese capital, la mayor parte de los grandes propietarios de la tierra y la alta clase media del sector público y del sector privado.

Veamos más de cerca el programa del frente neodesarrollista, sus personajes y cómo el neodesarrollismo atiende —de modo muy desigual, es importante resaltar— los intereses de las fuerzas que lo integran.

¿Por qué recurrir al término “neodesarrollista”? Porque ese programa busca el crecimiento económico del capitalismo brasileño, aunque lo haga sin romper con los límites dados por el modelo económico neoliberal, aún vigente en el país. Para buscar el crecimiento económico, los gobiernos Lula da Silva y Dilma Rousseff echaron mano de algunos elementos importantes de política económica y social que estaban ausentes en las administraciones de Fernando Henrique Cardoso (FHC): 1) políticas de recuperación del salario mínimo y de transferencia del ingreso que aumentaron el poder adquisitivo de los estratos más pobres, es decir, de aquellos que presentan mayor propensión al consumo; 2) elevación del presupuesto del Banco Nacional de Desarrollo Económico y Social (BNDES) para el financiamiento de la tasa de interés subsidiada de las grandes empresas nacionales; 3) política exterior de apoyo a las grandes empresas brasileñas o instaladas en Brasil para exportación de mercancías y de capitales; 4) política económica anticíclica, para mantener la demanda agregada en los momentos de crisis económica. Adicionalmente, el gobierno de Dilma inició cambios en la política de interés y cambiaria, reduciendo la tasa básica de interés y el *spread*

bancario, e interviniendo para desvalorizar el real, con el objetivo de abaratar la inversión productiva y encarecer los productos importados. Debido a estos elementos, y a pesar de que ellos no rompieron con el modelo económico neoliberal heredado de la década de 1990, optamos por utilizar la expresión (neo)desarrollista para denominar a ese programa.

¿Y por qué emplear el prefijo neo? Porque las diferencias con el viejo desarrollismo del periodo 1930-1980 son grandes. Por eso defino el neodesarrollismo como el desarrollismo de la época del capitalismo neoliberal. Conviene destacar seis diferencias. El neodesarrollismo: *a)* presenta un crecimiento económico que, aunque sea mucho mayor que el verificado en la década de 1990, es mucho más modesto que aquel propiciado por el viejo desarrollismo; *b)* otorga importancia menor al mercado interior; *c)* atribuye menor importancia a la política de desarrollo del parque industrial local; *d)* acepta las restricciones de la división internacional del trabajo, promoviendo, en condiciones históricas nuevas, una reactivación de la función primario-exportadora del capitalismo brasileño; *e)* tiene menor capacidad de distribución del ingreso, y *f)* el nuevo desarrollismo está dirigido por una fracción burguesa que perdió toda capacidad de actuar como fuerza antiimperialista. Todas estas seis características, que se encuentran estrechamente vinculadas unas a otras, hacen del neodesarrollismo un programa mucho menos ambicioso que su predecesor, y tales características provienen del hecho de que el neodesarrollismo es una política de desarrollo posible dentro de los límites dados por el modelo capitalista neoliberal. Las menores tasas de crecimiento del PIB son las tasas posibles para un Estado que acepta renunciar a la inversión para poder administrar la deuda pública; el papel de menor importancia otorgado al mercado interno es derivado del mantenimiento de la apertura comercial; la reactivación de la función primario-exportadora es la opción de crecimiento posible para una política económica que no pretende revocar la ofensiva que el imperialismo realizó contra el parque industrial brasileño; y todas estas características impiden o desalientan una política más fuerte de distribución del ingreso.

Veamos ahora las clases y fracciones de clase que, actuando como fuerzas sociales activas, son los personajes responsables de la cristalización e implementación de esa política de desarrollo.

La gran burguesía interna, fuerza dirigente del frente neodesarrollista, se encuentra distribuida en diversos sectores de la economía: industria, minería, gran construcción y la cúspide del agronegocio, que son las empresas exportadoras de productos agropecuarios. Lo que unifica a estas grandes empresas es la reivindicación del favorecimiento y de la protección del Estado en la competencia que ellas emprenden con el capital extranjero. La llamada globalización no produjo, al contrario de lo que defienden algunos

autores, una burguesía mundial homogénea (Martuscelli, 2010). Pues bien, la priorización de los intereses de esa fracción del gran capital interno por el Estado brasileño en los gobiernos Lula da Silva y Dilma Roussef, aparece en innumerables aspectos de la política económica. Un elemento fundamental es la búsqueda de superávits en la balanza comercial, que favoreció enormemente el agronegocio, la minería y otros sectores ligados a la exportación de productos agropecuarios y de recursos naturales. La política de financiamiento del Banco Nacional de Desarrollo Económico y Social (BNDES), una poderosa institución financiera estatal que pasó incólume por la ola de privatización de la década de 1990, pasó a contar con un presupuesto muchas veces mayor que aquel que tenía en la década de 1990, y pasó a priorizar a un reducido número de grandes empresas predominantemente nacionales como receptores de los programas de préstamos a intereses subsidiados (Bugiato, 2012). La política de compras del Estado brasileño y de las grandes empresas estatales también cambió bajo los gobiernos neodesarrollistas. Esa política pasó a priorizar a las grandes empresas predominantemente nacionales o implantadas en Brasil. Finalmente, la política exterior del Estado brasileño, de la cual hablaremos en la segunda parte de este capítulo, se articuló con esa nueva política económica y también de modo a priorizar los intereses de la gran burguesía interna. Esa gran burguesía es la fuerza que más gana con la política neodesarrollista.

En el campo de las clases dominadas, el proletariado urbano y la baja clase media, a través del sindicalismo y del Partido de los Trabajadores (PT), han tenido una participación organizada en el frente neodesarrollista. Esas fuerzas fueron, en realidad, las fuerzas que crearon aquello que se iría a transformar en el instrumento partidista de ese frente (el PT). Lo que pasó desde entonces fue que ese partido —que luchaba a lo largo de la década de 1990 por la implantación de un Estado de bienestar social en Brasil y por el refuerzo del capitalismo de Estado— fue atraído por la gran burguesía interna, que venía haciendo crítica moderada al neoliberalismo, y en el cambio de la década de 1990 hacia la década de 2000, mezclando su tradición de origen con la insatisfacción burguesa, se convirtió de modo empírico y marcado por las circunstancias, en el creador y en el instrumento partidista del neodesarrollismo. El proletariado y la baja clase media continuaron presentes en el PT, sólo que ahora ocupando la posición de base social, pero no más de fuerza dirigente de ese partido.

Estos asalariados ganan algo con el neodesarrollismo. El crecimiento económico permitió una significativa recuperación del empleo y la política de reajuste del salario mínimo aumentó el poder adquisitivo de la base de la pirámide salarial. Las nuevas condiciones económicas y políticas favorecieron mucho la organización y la lucha sindical, permitiendo nuevas con-

quistas salariales de los trabajadores en un evidente contraste con aquello que ocurrió en la década de 1990 (Boito y Marcelino, 2011). Los sindicatos de trabajadores tienen representantes suyos, al lado de los representantes del gran empresariado, en innumerables organismos consultivos del gobierno. Han sido frecuentes también las campañas conjuntas organizadas por asociaciones de grandes empresarios de la industria y por las centrales sindicales para presionar al gobierno para dar protección aduanera a la industria local, y para bajar la tasa básica de interés de la economía. Como resultado de esa presión conjunta, es que el gobierno de Dilma procedió a cambiar las políticas de interés y cambiaria.

El campesinado también está presente en el frente neodesarrollista y también de forma organizada. El segundo gobierno de FHC persiguió y criminalizó a los movimientos campesinos; con el ascenso de Lula da Silva, esos movimientos tuvieron su derecho a la reivindicación reconocida por el gobierno. Las organizaciones de lucha por la tierra, empezando por la más importante, que es el Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST) y organizaciones de campesinos y trabajadores rurales asalariados, como la Confederación de los Trabajadores en la Agricultura (Contag), representan al trabajador del campo. El campesino promedio está presente, principalmente, en la Contag y también en el sector de campesinos del MST. Reivindica asistencia técnica, financiamiento para la producción, mercado y precio para sus productos. Los gobiernos neodesarrollistas han atendido en parte estas reivindicaciones, con el financiamiento a la agricultura familiar, que creció mucho cuando se le compara con lo que había en la era FHC, y con programas de compras gubernamentales de la producción campesina (MST, 2009). El campesinado pobre, que incluye a los campesinos sin tierra o con poca tierra, reivindica la expropiación de las tierras ociosas y una política agresiva de apertura de nuevos asentamientos. Este sector campesino es el más marginado por el frente neodesarrollista. Los gobiernos Lula y Dilma redujeron mucho las expropiaciones de tierra. El agronegocio tiene un peso importante en la política neodesarrollista, hecho que bloquea la política de expropiaciones (Scarso, 2012).

Los trabajadores desempleados, subempleados, que viven del trabajo precario o “por cuenta propia”, representan el punto extremo del frente neodesarrollista y entretienen con él una relación muy particular. Esta “masa marginal” reside principalmente en la periferia de los grandes centros urbanos del país y en el interior de la región Noreste. Conviene distinguir dos sectores en la masa marginal. Parte de esa masa marginal está organizada en movimientos populares reivindicativos, los llamados “movimientos de urgencia”, como los movimientos por vivienda, los movimientos de desempleados y los movimientos de lucha por la tierra. De los movimientos de

lucha por la tierra ya hablamos. En cuanto a los otros dos, el más importante por su peso político y social es el movimiento de vivienda. Este movimiento está formado por muchas y variadas organizaciones con presencia en grandes y medianas ciudades brasileñas, movilizan decenas de miles de familias y se orientan por concepciones políticas distintas (Oliveira, 2010). Hay desde movimientos que reivindican sólo la casa propia para sus participantes, hasta aquellos que presionan por el cambio de la política habitacional del gobierno, o incluso que propagan la necesidad de luchar por el cambio del conjunto del modelo económico vigente. Las victorias de esos movimientos en la lucha reivindicativa aparecen, a nivel local, en la conquista de inmuebles y de terrenos urbanos por medio de la acción directa y, en el plano de la política nacional, en medidas gubernamentales de política habitacional. El efecto más importante de los movimientos de vivienda fue la alteración de la política de vivienda del Estado brasileño. Durante la década de 1990, el Estado central abandonó la política de construcción de vivienda popular. Al final del segundo gobierno Lula, fue creado el programa habitacional de gran amplitud denominado “Mi Casa, Mi Vida”, que rompió con la omisión del Estado en esa área. Este programa continuó siendo implementado por el gobierno Dilma (*idem*).

Otra parte de la llamada “masa marginal” está social y políticamente desorganizada. Ella fue incluida en el frente neodesarrollista gracias a las políticas de transferencia de ingresos de los gobiernos Lula da Silva y Dilma Rousseff. El programa “Bolsa Familia”, destinado a las familias que se encuentran abajo de la línea de pobreza, y el llamado “Beneficio de Prestación Continuada”, destinado a ancianos y a personas con discapacidades, son los principales instrumentos de esa política. Esta masa pauperizada no interviene de forma organizada en el frente político neodesarrollista. Los gobiernos Lula y Dilma optaron por destinarles ingresos sin preocuparse —ni esos gobiernos, ni su partido, el PT— en organizarlos. Ellos forman una base electoral desorganizada y pasiva que está convocada a intervenir en el proceso político sólo por medio del voto para sufragar a los candidatos del frente neodesarrollista. La relación de los gobiernos del frente con esa base electoral proporciona continuidad a la tradición populista de la política brasileña. En la relación política populista, los trabajadores obtienen ganancias reales (y eso, al contrario de lo que afirman los observadores liberales para quienes el populismo sería mera “demagogia”). Sin embargo, ganancias muy limitadas y sus beneficiarios se mantienen política e ideológicamente dependientes de las iniciativas del gobierno.

Aunque amplio, heterogéneo y contradictorio en su composición de clase, el frente político neodesarrollista existe y actúa como tal. En momentos críticos del proceso político nacional, las fuerzas que lo integran actúan jun-

tas en el plano político, aunque entren en conflicto, muchas veces fuerte, en torno a cuestiones económicas como salario, derechos laborales y sociales, expropiación de la tierra y otras. Fue así en 2002, en la elección presidencial de Lula da Silva; en 2005, en la crisis política que llegó a amenazar la continuidad del gobierno Lula y que se conoció como “Crisis del Mensalão”; en 2006, en la reelección de Lula da Silva para la Presidencia de la República y, nuevamente, en 2010, en la campaña electoral victoriosa de Dilma Rousseff. En todos los momentos críticos citados, la supervivencia de los gobiernos neodesarrollistas estuvo amenazada y, en todos ellos, importantes asociaciones patronales, centrales sindicales, los movimientos campesinos por la reforma agraria, los movimientos populares por vivienda, así como el electorado pobre y desorganizado apoyaron con manifestaciones de los más diversos tipos o simplemente con su voto, los gobiernos Lula y Dilma. Al actuar así, tales fuerzas sociales, aunque movidas por intereses y objetivos distintos, evidenciaron formar parte de un mismo campo político.

LA POLÍTICA EXTERIOR Y EL FRENTE DESARROLLISTA

La política exterior del Estado brasileño bajo los gobiernos Lula y Dilma, debe ser entendida en el cuadro de los cambios políticos recientes. En primer lugar y sobre todo, ella debe ser entendida como parte del cambio ocurrido en el interior del bloque en el poder en Brasil. Es nuestro entendimiento, la política exterior de un Estado deriva de sus características del bloque en el poder que controlan ese Estado. En segundo lugar, ella resulta por razones distintas y en proporción menor, de la nueva presencia política de las clases populares en la política nacional. Es decir, a diferencia de las corrientes teóricas autodenominadas realista y neorrealista, que son las corrientes dominantes en el área de estudios de las relaciones internacionales, no consideramos al Estado como una institución homogénea, dotada de interés y de poder propios, y cuya política exterior estaría separada de la política interna. Los cambios en la política interna brasileña, que surgieron relacionados a cambios en el escenario internacional, explican la nueva política exterior de los gobiernos Lula y Dilma.

La política exterior de los dos gobiernos Lula fue un importante instrumento para el fortalecimiento de la gran burguesía interna. En ese periodo hubo un cambio en la posición internacional del Estado brasileño determinado por los intereses de esa fracción de clase. La burguesía interna brasileña se unió en torno a intereses comunes en el plano internacional, que fundamentalmente fueron: 1) el apoyo del Estado para la conquista de nuevos mercados para exportación de sus productos y para la realización

de inversiones directas en el exterior; 2) la prioridad para sus productos y servicios en las compras del Estado y de las empresas estatales, y 3) una mayor protección del Estado al mercado interno. Para nosotros fue justamente por eso que los principales objetivos de actuación internacional del Estado brasileño fueron: 1) el énfasis en las relaciones Sur-Sur; 2) la prioridad dada a América del Sur; 3) la Ronda Doha de la Organización Mundial del Comercio (OMC), y 4) las negociaciones y la cancelación de la propuesta del Área de Libre Comercio de las Américas.

El Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) fue un elemento que contribuyó a la organización de la gran burguesía interna brasileña, y en este caso aproximó los intereses de esa fracción a los intereses de los movimientos populares y del movimiento sindical que habían hecho campaña contra la propuesta del ALCA. Veamos eso en detalle.

Había en realidad contradicciones al interior de la gran burguesía interna en lo que se refiere a la propuesta del ALCA. Pero a lo largo del proceso esas contradicciones perdieron importancia. La burguesía interna brasileña, en especial los sectores dedicados a la producción interna y latinoamericana de manufacturas (papel y celulosa, electrónicos, químicos, alimentos y bienes de capital), manifestaron oposición a la propuesta del ALCA desde el inicio de las negociaciones. Los sectores cuya producción se dirige hacia el mercado exterior (como el agronegocio, la siderurgia, calzado y textiles) mostraron simpatía al proyecto. El agronegocio tenía como objetivo el acceso al mercado estadounidense por medio de la disminución de los proteccionismos agrícolas practicados por Estados Unidos (Oliveira, 2003). Como los gobiernos estadounidenses no dejaron las políticas de protección a su agricultura, el agronegocio brasileño no tuvo motivos para presionar al Estado brasileño a firmar el tratado de libre comercio y acabó por sumarse a la posición de los sectores contrarios al ALCA.

Para defender sus intereses y definir sus demandas en el plano de la política exterior brasileña, la gran burguesía interna organizó la Coalición Empresarial Brasileña (CEB) en 1996. El objetivo de la CEB era organizar las demandas del empresariado y transformarlas en presión ante el gobierno en el proceso de formulación y conducción de las negociaciones hemisféricas. Por primera vez en la historia de la política exterior brasileña, las clases dominantes se reunieron en torno a una agenda común y de una composición multisectorial y nacional. La CEB fue creada tras la participación de algunos empresarios brasileños en el II Foro Empresarial de las Américas en 1996, en Cartagena (reunión de las burguesías latinoamericanas para la negociación de la propuesta del ALCA). En ese encuentro, que integraba las reuniones de negociación del ALCA, la burguesía brasileña se sorprendió por la preparación del empresariado estadounidense durante la

reunión y se sintió amenazada por su conocimiento técnico y su capacidad de influencia en el Estado de la Unión Americana. Coincidentemente o no, quedó acordado que el próximo Foro sería en Brasil, en Belo Horizonte. Con ello, la Confederación Nacional de la Industria (CNI) vio la necesidad de ampliar su influencia y se dispuso a organizar el Foro (Oliveira y Pfeifer, 2006).

En el proceso de organización del Foro, la CNI logró reunir amplios sectores de la burguesía brasileña en torno a la necesidad de participación de éstas en la formulación, la negociación y la decisión de las negociaciones internacionales. La CEB se convirtió en un estándar de referencia para las demás negociaciones económicas internacionales entonces en curso, en particular la Ronda Doha de la OMC y las negociaciones del acuerdo Mercosur-Unión Europea. El activismo más intenso fue de los sectores proteccionistas, sobre todo las grandes y medianas empresas del sur y sureste del país. El agronegocio tuvo una actuación un poco paralela a la CEB (*idem*). Como forma de institucionalizar los canales de diálogo y consulta a la burguesía, el Ministerio de Relaciones Exteriores creó secciones especiales de debate sobre las negociaciones económicas internacionales (Senalca y Seneuropa) y un Comité Empresarial Permanente.

Los movimientos populares y sindicales se organizaron en torno a la llamada Campaña Nacional Contra el ALCA (CNA) que reunió a 55 organizaciones, destacando: la Central Única de los Trabajadores (CUT), el Movimiento de los Sin Tierra (MST), las pastorales sociales, la Confederación Nacional de los Obispos de Brasil (CNBB), la Consulta Popular, la Marcha Mundial de las Mujeres, el Partido Socialista de los Trabajadores Unificados (PSTU) y algunos sectores del Partido de los Trabajadores (PT). En su mayoría, esas organizaciones fueron creadas a partir de la lucha por la redemocratización del país y en las luchas contra el neoliberalismo, y esa articulación ya había realizado el Plebiscito de la Deuda Externa en el año 2000. El movimiento contra el ALCA comenzó en 1997, pero la organización de la Campaña se dio en 2001. El objetivo de la Campaña era realizar trabajo de base y educación popular para concientizar y movilizar a la población para presionar al gobierno a no firmar el tratado (Silva, 2008).

La campaña realizó un plebiscito popular en 2002, cuya metodología se basaba en la realización de cursos de formación masivos sobre el impacto político y económico del ALCA. Fueron diseñados diversos materiales didácticos para el trabajo popular como cartillas, videos y folletos. La campaña se dividía en comités estatales y locales, esparcidos en todo el territorio nacional, los cuales realizaban debates en escuelas, barrios, universidades, iglesias, radios y televisiones locales a fin de movilizar a la población y recabar firmas. El plebiscito obtuvo más de diez millones de votos y más del

95% eran contrarios a la entrada de Brasil en el ALCA. Esta articulación, además de reunir gran parte de la izquierda brasileña, ejerció fuerte presión sobre la decisión del gobierno brasileño, en especial del gobierno petista, cuya base participó intensamente en esa movilización. La lucha contra el ALCA unió gran parte de esos sectores populares en la lucha contra la profundización del neoliberalismo en la región (*idem*). Podemos decir que la lucha contra el ALCA contribuyó a la afirmación de una plataforma neo-desarrollista que pasó a ser reivindicada —con objetivos y definiciones particulares, e incluso contradictorios—, tanto por las organizaciones de las clases trabajadoras como por los representantes de la gran burguesía interna brasileña.

El ALCA fue uno de los principales temas de la disputa electoral del 2002 que opuso a los candidatos del PSDB y del PT. Pues fue justamente a partir de 2001, un año antes de la elección, que el gobierno FHC comenzó a mostrar una posición más asertiva en relación a la negociación del acuerdo, mientras que el PT mostraba oposición a la propuesta. Según las declaraciones de Lula, en función de las asimetrías hemisféricas, el ALCA sería más otro proyecto de anexión de las economías latinoamericanas a Estados Unidos que un proyecto de integración (Oliveira, 2003). La posición petista quedó aún más explícita con la elección del embajador Samuel Pinheiro Guimarães para el cargo de secretario general del Ministerio de Relaciones Exteriores, al inicio del gobierno de Lula. Guimarães era reconocido por su divergencia con la propuesta del ALCA.

Sin embargo, en los primeros años de su mandato, el gobierno no abandonó las negociaciones y pasó a defender la propuesta de ALCA light, que permitía a los Estados miembros asumir niveles de compromisos diferentes en el marco del ALCA, conduciendo negociaciones bilaterales o plurilaterales. Esa actitud causó bastante incomodidad a los sectores organizados de la Campaña Nacional contra el ALCA, y acabó incluso dividiendo esa gran articulación de izquierda entre opositores al gobierno (PSTU), base de apoyo del gobierno (PT y CUT) y críticos del gobierno y defensores de reformas estructurales en la sociedad brasileña (MST y Consulta Popular). Es importante decir que el Estado brasileño utilizó las negociaciones de la OMC, y entre el Mercosur y la Unión Europea, como contrapeso a las negociaciones del ALCA. Según Thorstensen (2001), estas tres negociaciones entrelazan y permiten que el Estado brasileño juegue estratégicamente en el escenario internacional. Desde el punto de vista brasileño, estas tres negociaciones significaban: relaciones asimétricas entre Estados imperialistas y dependientes, amenaza a la industria brasileña y una expectativa de la disminución de los proteccionismos agrícolas. Como forma de obtener ventajas y ganar tiempo en las negociaciones del ALCA, el Estado brasileño intentó

demostrar simpatía a las negociaciones con la Unión Europea y, al mismo tiempo, actuó en el órgano de solución de controversias de la OMC, en los paneles del algodón y azúcar, demostrando su capacidad de actuación contraria a Estados Unidos y a la Unión Europea en el ámbito multilateral (Vigevani, 2005:14). Por otro lado, Estados Unidos buscó disminuir la influencia de Brasil en América Latina y presionar la firma del ALCA por medio de la negociación de acuerdos bilaterales con los países andinos (Chile, Colombia y Perú), caribeños y con los demás miembros del Mercosur, en particular Uruguay y Paraguay.

En función de eso, el gobierno Lula, desde el inicio de su mandato, buscó fortalecer el Mercosur y otras iniciativas de integración de América del Sur, como la aproximación del Mercosur y de la Comunidad Andina de las Naciones y la Iniciativa de Integración en Infraestructura Sudamericana (IIRSA), como forma de contraposición a las relaciones con los Estados imperialistas (en especial, Estados Unidos y Europa).

Las nuevas elecciones presidenciales con matices antineoliberales y progresistas (Argentina, Venezuela, Bolivia, Ecuador y otros) contribuyeron en un primer momento para el fortalecimiento de esas iniciativas. El Estado brasileño pasó a apoyar y financiar gran parte de las obras de infraestructura regional a través de la IIRSA y, al mismo tiempo, impulsó la internacionalización de las empresas brasileñas hacia América Latina, vía línea de crédito especial del BNDES. Con ello, de cierta manera se constituyó más que un proceso de integración regional, un proceso de cooperación política entre los diferentes proyectos de desarrollo nacional en la región que favoreció la expansión del capitalismo brasileño hacia la región.

Cabe decir, el Estado brasileño respetó las decisiones del Estado boliviano de nacionalización del gas que involucró los negocios de Petrobrás y renegoció el tratado de la usina hidroeléctrica de Itaipú con el Paraguay a pedido de este último. Se destaca la creación de la Unión Sudamericana de Naciones (Unasur) en 2008, que además de incorporar a IIRSA, creó el Comité de Defensa Sudamericano (CDS) para contraponerse a la OEA, teniendo un importante papel en la contención del intento de golpe de Estado en Bolivia en 2008. Otras acciones brasileñas también demostraron un posicionamiento opuesto al de Estados Unidos en el escenario político internacional, que puntualmente son: 1) el rechazo a la invasión de Irak en 2003; 2) ofrecer la sede al presidente hondureño, Manuel Zelaya, en la embajada brasileña; 3) el posicionamiento en la negociación sobre la producción de uranio enriquecido en Irán y en la cuestión de la instalación de las bases militares estadounidenses en Colombia, entre otros.

Además de eso, la política exterior tuvo como objetivo ampliar y profundizar las relaciones Sur-Sur, creó coaliciones como el G-20 en la OMC, par-

ticipó en el Foro India Brasil y Sudáfrica (IBAS), participó en la misión de paz de la ONU en Haití (Minustah) y se acercó a Estados del continente africano y de Oriente Medio, así como a China y Rusia. Esas relaciones trajeron grandes beneficios a la burguesía interna brasileña al aumentar el acceso a nuevos mercados para la exportación de productos manufacturados y garantizar la instalación de empresas brasileñas en esos territorios. Después de la cancelación del ALCA en 2005, la Coalición Empresarial Brasileña (CEB) tuvo su papel disminuido y transferido hacia las secretarías y departamentos de comercio exterior de la CNI, de la FIESP y de los grandes grupos económicos. En 2004 se formó el Consejo Empresarial Brasil-China, liderado por la Compañía Vale do Río Doce y compuesto por corporaciones nacionales de minería, energía, papel, celulosa, alimentos y construcción civil que tenían interés en exportar hacia China o en participar en su gran mercado. El aumento de las exportaciones hacia América Latina y demás regiones contribuyó, junto a otros elementos, a la disminución del desempleo en el país.

En resumen, podemos decir que la cancelación de la propuesta del ALCA, el aplazamiento de las negociaciones del Mercosur con la Unión Europea y de las negociaciones de la Ronda Doha, forman parte de la política de los gobiernos Lula de garantizar una protección del Estado a la gran burguesía interna en disputa con el capital extranjero. El fortalecimiento de la integración con América Latina y la profundización de las relaciones con los Estados dependientes, contribuyeron para que la gran burguesía interna brasileña pudiera también expandirse y de cierta forma competir con el capital imperialista.

BIBLIOGRAFÍA

- Boito, A. y P. Marcelino (2011), "Decline in unionism? An analysis of the new wave of strikes in Brazil, Latin American perspectives", *Riverside*, vol. 38, núm. 5, sep.
- Bugiato, C. (2012), *O papel do bndes na expansão dos negócios da burguesia interna brasileira, Trabalho apresentado no viii workshop empresas, empresários e sociedade, realizado na universidade federal do paraná*, Curitiba, de 29 a 31 de maio, Digit.
- Kovarick, I. (1975), *Capitalismo e marginalidade na América Latina*, Rio de Janeiro, Paz e Terra.
- Martuscelli, D. (2010), "A burguesia mundial em questão", *Revista Crítica Marxista, Campinas*, núm. 30, disponible en <<http://marxismo21.org/>

- wp-content/uploads/2012/07/ad-martuscelli.pdf>, p. 29-48, consultado el 29 de julio de 2013.
- Nun, J. (2001), *Marginalidad y exclusión social*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Oliveira, A.J. (2003), “O governo do pt e a alca, política externa e pragmatismo”, *Estudos avançados, São Paulo*, vol. 17, núm. 48, disponible en <<http://www.scielo.br/pdf/ea/v17n48/v17n48a23.pdf>>, pp. 311-329, consultado el 29 de julio de 2013.
- Oliveira, A.J. (2010), *Os movimentos sem-teto da grande São Paulo*, Campinas, Dissertação (mestrado em Ciência Política), Universidade Estadual de Campinas.
- Oliveira, A.J. y A. Pfeifer (2006), “O empresariado e a política exterior do Brasil”, en H. Altemani y A.C. Lessa (org.), *Relações Internacionais do Brasil, temas e agendas*, São Paulo, Saraiva.
- Scarso, A. (2012), “E a reforma agrária, presidenta Dilma?”, en *Jornal Brasil de Fato*, São Paulo, 10 de abril, disponible en <<http://www.brasildefato.com.br/content/e-reforma-agr%C3%A1ria-presidentadilma>>, consultado el 29 de julio de 2013.